





OTRA VEZ CON EL ALBA
DESPIERTO Y SUEÑO
UN NUEVO DÍA



Diego Galera Morales

OTRA VEZ CON EL ALBA
DESPIERTO Y SUEÑO
UN NUEVO DÍA



Primera edición: octubre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Diego Galera Morales

ISBN: 978-84-17961-80-0

ISBN digital: 978-84-17961-81-7

Depósito legal: M-31829-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Mossèn Climent Forner i Escobet, reconocido y premiado poeta y escritor. En agradecimiento por haber prologado mi obra poética Transparencia Otoñal, Noches de insomnio y otros poemas.

Y por su carta de presentación de mi obra Sonetos a los Santos. Libro Primero. Pese a haber pasado ya la barrera de los 90 años. Por todo ello y por mucho más este vate le queda por siempre agradecido y en rendido homenaje le dedica este libro, siéndome grata la memoria y más feliz este encuentro con La Literatura que practicamos agradecidos a nuestros mentores que son nuestros padres y sobre todo nuestros abuelos.

Y a mis amigos para siempre que están en mi corazón y en mi alma: Rafael Vilanova Fernández y Aurora Fernández Sánchez; Rafa por su perpetua alegría tratando de transmitirnosla a todos con hilaridad y desenfado. ¡Me muero! No hombre. Vives para siempre en los que te hemos conocido.

Y a Aurora, su madre por lo que junto con sus hijos, su admirable cristianismo era su principal devoción; la segunda: la lectura, siempre con un libro en las manos, de otros o mío.



INTRODUCCIÓN

En la ciudad de Tarrasa, la antigua Egara. Hoy, 13 de noviembre de 2001, el calendario marca Sant Dídac; esta mañana mi mamá querida ha pasado por el quirófano para colocársela una prótesis en la rodilla izquierda como hicieron hace dos años en su pierna derecha. Su artrosis era tan severa que, de milagro, no se ha quedado en silla de ruedas. Ahora, gracias a la ciencia podrá andar y no renquear, gracias a Dios, a sus 75 años.

Nuestro Señor y San Diego de Alcalá y de San Nicolás me la conserve. La fe, la esperanza, la ilusión, el sueño más feliz... se dan cita en esta hora. En que en la librería de la esquina he podido ver una nueva edición de *Más Platón y menos Prozac* de Lou Marinoff. ¡Hoy! en que precisamente me hallo aquí para consultarme esta mañana con el psiquiatra, que me ha aumentado ostensible y sustantivamente la medicación y estoy esperando a que sean las cinco en punto de la tarde, en que visitaré aquí al neurólogo para entregarle los resultados del electromiograma que me prescribió.

Pese a todas estas realidades y perspectivas poco aconsejables de llevar, a mi prójimo; he cogido mi manto e intento coger al toro por los cuernos, sin más armas que mi pluma.

Escribo, luego escribo. Estoy escribiendo. Combatiendo entre el mar de Prozac y demás benzodiazepinas este enemigo invisible pero que siento que me llaga el costado a cada golpe de pluma.

¿Qué hago aquí? Mientras suena la música en el bar. ¿Acaso he cambiado el Prozac por Platón? Y estoy filosofando o más bien platonizando con todo lo que esto significa.

Me parece que, como fracasado, mirando hacia el *ocaso* estoy alternando ambas cosas, *a cuál más peligrosa*.

Creo, querido lector, que tendrás la impresión de que has des-
tapado un diario, mi intuición me lo dice, como me dice también
que has decidido taparlo para no quedar aburrido ante lo inútil de
esta lectura. Si el escritor puede decidir sobre el lector, te pediría
que no lo hagas, detente... tente... corazón... pues voy a recurrir
a la filosofía más pura, sin tener idea de lo que es la filosofía, para
que estas líneas se te hagan cada vez más transparentes, cristalinas
cuál espejo en el que de pronto te vas a ver reflejado.

Esto, en absoluto, es una auto referencialidad, ni un monólogo,
aunque lo parezca. Desde los principios de los tiempos será la
escritura del mundo de la que mamamos todos cuál maná que cae
del cielo.

CAPÍTULO 1

De espaldas al mundo, a la vida, el protagonista se empapa como con la lluvia que cae torrencialmente.

¿El protagonista? ¿Quién es el protagonista?

¿Tal vez tú? ¿Tal vez yo? ¿Tal vez el vecino?

Cuando el arcoíris ilumine la tierra disipando las brumas. ¿Tal vez? ¿Él mismo se descubrirá o el intento habrá sido baldío?

Mi horizonte se ve amplio cuál unos azulísimos y grandes ojos fijos¹ en los que busco reflejarme.

Mi camino entre cánticos ciclotímicos se me hace más llevadero y me siento ávido de aventuras y bienandanzas. Pero espero hacer algo más que adjetivar e ir hallando el don de la narración. Mi punto de encuentro narrativo del que siempre he gozado o creído gozar y que en forma de halago todavía me suena cuál eco lejano en la voz de mi maestro... Don Diego Cano Aznar... natural de Almería donde tengo mi trocito de tierra, donde nací allá por el 20 de noviembre del año cristiano de 1957, mañana cumplo 44 años. ¿Qué edad será esta?

Uno espera que sea la mejor de su vida.

Siempre uno espera al alba el mejor albor de su vida. ¿Y quién no? Se ve empujado a lo alto de la cima, a subir una colina viendo esconderse el sol en las cimas más altas al atardecer romántico e irradiado de colores indefinibles.

Tras un collado, otro aún más alto me espera, nos espera, nos aborda y nos desborda. Pero aquel que lo aborda con fe infinita logra llegar a ver el verde valle prometido o el Valle de Valles.

¹ Parodiando a Neruda.

Érase una persona con un sueño bien definido, nómada por la Tierra.

Quería ser referencia y ejemplo en un mundo convulso.

Esto despertaba la curiosidad de cuantos se cruzaban con él.

Dejaba y llevaba a sus espaldas una pesada carga, no exenta de dolor y de penuria; mas cada vez que oteaba el horizonte veía su sueño más cerca...

CAPÍTULO 2

Se levantó temprano ese día. No importaba que apenas despuntara el alba o que no estuviera más que en la plenitud de la madrugada.

Con las primeras luces del alba o de una población que se despierta cuando ya ha cantado el gallo, comienza a andar; en estación estival.

De forma ejemplarizante, se ha sorprendido a sí mismo en medio de una multitud festiva.

Acabase el otoño y la escarcha cubría buena parte de la campiña y las zonas más umbrías.

Subía de nuevo a la *Montaña*, aunque esta vez más bien lo elevaban. No sabía bien qué hacer ni qué actitud tomar, mas sabía que los ojos estarían puestos en él y los que le rodeaban irradiaban la calma que a él se le obsequiaba, cuál don especial, y que, repartía o trataba de repartir como quien reparte la paz.

Volviendo a aquel momento estival, ya pasado, ¿cuánto no habré de narrar? Y tan solo empiezo. Mezclando la realidad actual con un pasado cuajado de dulces promesas, caminando hacia un futuro prometedor.

A oscuras, a tientas, una sombra se desliza y no para quedarse, pararse, sino para estirarse más allá de los confines del Reino.

Enfrente tenía la gran muralla natural de los Pirineos. Los centrales primero, luego la vertiente atlántica, hacia el occidente.

El blanco de la nieve ruge en la ventisca aislándolo todo, hasta el centro de la ciudad de Manresa, donde uno se puede quedar es-

tancado un 14 de diciembre de 2001, por ejemplo. Blanco, blanco, solo blanco, poco a poco, paso a paso, más gélida, más intensa o profunda es la pisada. Todos tenemos el mismo problema, arremolinados cual ovejitas miedosas sin pastor. Uno puede llegar a sentirse en inmensa soledad, sentado, otra vez en la mesa del bar.

Inmensamente, cuál inmenso puede ser el fenómeno blanco, inusual. Por cuanto es siberiano. Lo más remoto, lo más lejano, polar casi. Y en este momento me siento bipolar, necesitado de la consabida dosis de benzodiacepina, de un potente antidepresor que volatice, disperse esta infinita depresión, como se dispersa el suave manto de la nieve. Pese a todo. Pienso abrirme paso. Aunque tenga que improvisar ante una situación extrema.

Yo, tú, él, ellos, vosotros me encontrareis aquí, pensando en el camino o de pleno en el camino.

Berga queda lejos, aunque solo está a 50 kilómetros.

CAPÍTULO 3

Capítulo aparte. Se ve inalcanzable. Mas la paciencia como la calma del sistema nervioso miorrelajado artificialmente por obra y gracia del artificio².

Todo este compendio me lleva al hogar y a su paz, aunque bordeemos la madrugada y siga copiosamente nevando en medio de este inexplicable frío siberiano que nos ha desbordado aunque meteorológicamente sea correcto a la luz de la ciencia. Y es esta luminosidad blanca, que lo cubre todo, la que a la vez me calma, me tranquiliza, produciendo efectos maravillosamente indescriptibles. ¿Quizás? Porque no es el pan de cada día.

Y es ya, pues, en este escenario —idílico— donde se empieza a narrar la historia que cae a la memoria como los copos de nieve, uno sobre otro y va crescendo de forma inusitada.

Este es un relato cuasi immaculado y virgen y no hay cosa más análoga que el ejemplo de la nieve que se va quedando en mi retina, fotográficamente. No sé a qué hora dejará de nevar, pero mañana buscaré esta luminosidad blanca para crear las mejores imágenes cuál las estampas navideñas.

Ahora vence el sueño con el doble hipnótico y veo esta *blanca* reflexión culminándose.

² Medicina ansiolítica a base de benzodicepinas en este caso.



CAPÍTULO 4

Hubo un tiempo... en que, como ahora, me arrolló un insomnio contumaz que ni avisa ni tiene hora de apostarse en la mente, raída de pensamientos, ya adulterados, con el tiempo.

Ni siquiera 60 miligramos de un potente hipnótico han conseguido el objetivo de no despertarme cuando apenas ha cantado el gallo, las vueltas que da mi cabeza me tienen inmerso en un torbellino de pensamientos que pasan deprisa cuál hojas sacudidas al viento o nieve elevada por la ventisca y es entonces cuando una preocupación supeditada al presente te hace sumergirte en el túnel del tiempo y volver al pasado, tal cual, tratando de emerger entre las brumas, cada vez más espesas que dibujan su futuro.

Entonces, 20 años atrás, el insomnio era el mismo, pero el pensamiento virgen te hacía vislumbrar un futuro claro y azul. Eufórico y lo digo desde un estado de disforia.

Alumbraba mi paso... una encendida fe, cuál hacha prendida...



CAPÍTULO 5

Hubo un tiempo también en que mi carácter impaciente e inquieto en observación de lo que tenía alrededor, aunque me fuera imposible mantenerme estoico, cuando la circunstancia me obligaba a aguardar horas y horas en un parque público, me cansaba pronto de observar a la gente ir de aquí para allá, sin que nadie reparara en mí.

Entonces solo me quedaba escribir y reflexionar, como paliativo a mi inquietud.

Fue ese un tiempo ilusorio, en que creía que con 200.000 pesetas de nada podía comerme el mundo. A punto estuve de lanzarme a la aventura, aventura más loca que la de los molinos³, como a Pedro me faltaba fe para lanzarme y aventurarme a lo de Dios proveerá.

Proveerá, sí, no lo dudo, pero cuando sea la hora, siento próxima esa hora y siento que el tiempo se me escapa y procuro ahora coger lo más positivo de este mundo para provecho mío y de los que me rodean, quizás cercanos, quizás lejanos.

Sé que me impacienta no recoger frutos, pues si uno no siembra, es de lógica que ello ocurra.

Pero sé también que todo hombre sabe para qué está en el mundo y sabe lo que tiene que hacer.

³ Aludiendo al Quijote.



CAPÍTULO 6

Dejemos aparcado el pasado y retomemos el presente, hoy, 21 de junio de 2002. Y con ello presto y aporto mi granito de arena a esta sociedad, esperando que poco a poco se vaya haciendo una montaña.

Hace apenas unas horas ha empezado el verano. El sol camina al ocaso. Y yo quedo intentando mantenerme lo más activo posible, para evitar abrumarme con el lento discurrir de las horas, cuando son ociosas, y mirando de no caer en un laberinto abrumador donde no hallo salida. Como con un rompecabezas trato de encauzar y encausar todas mis horas. Tratando de evadir pensamientos negativos. Y trato de conducirme en medio de negados laberintos...

Sigo sin poder dormir pese al doble hipnótico. Tengo descontrolado el ritmo del sueño. Serán las turbulencias de la conciencia.

He llegado a un punto en que poco o nada me motiva. Y preciso y me es indispensable la ayuda de ansiolíticos e hipnóticos que tomo metódicamente pero no controlan en este momento mis funciones vitales.

¿Estaré llegando a una de esas crisis de la edad? No lo creo. Pero lo cierto es que mi vida ha dado un giro de 180 grados y no sé qué hacer para invertirlo. Ideas y proyectos pululan por mi cabeza. ¿Pero? Sin esa mano superior que se apoye en ella. Ando sin rumbo, navegando a la deriva, a favor de la corriente, corriente maldita.

Pero espero que agiten mi velamen, brisas del Norte que me lleven al puerto esperado.



CAPÍTULO 7

Madrugo y salgo a la calle, lentamente camino pensando para dónde voy, todo está cerrado y solo las golondrinas atruenan y se sienten en el pueblo, mientras algún trabajador del turno de la mañana pasa raudo en automóvil.

Doy dos vueltas al campo de fútbol mientras abren el Frankfurt.

Los remordimientos torturan mi pensamiento que trato de tranquilizar. Sosegar, mirando esperanzado al futuro. No he podido dormir, una noche más que me levanto a medianoche y solo se me ocurre dibujar las ilustraciones del tercer tomo de *Sonetos a los Santos*.

Como dijo Bécquer: «Las oscuras golondrinas en tu balcón», en los tendidos eléctricos, nos atruenan con sus cantos. Son las cinco de la mañana del 11 de julio de 2002, en las calles solo se sienten sus trinos. Salgo a la calle y me dirijo al campo de fútbol a correr con el balón y comprobar la evolución de mi rodilla derecha que me parece que es buena.

Quién me vea apenas aclarada la mañana imaginará una sombra funesta.

12-7-2002. 05:00 h a. m. Las golondrinas no paran de trinar en los tendidos eléctricos enfrente de mi balcón y yo no tengo otra cosa que hacer que escucharlas mientras espero pasen las horas de ir a mi psiquiatra.

He visto el Museo de la Piel de Vic donde exponen la obra de Jacinto Verdaguer; cuadros aquí, manuscritos allá y te parece que la Atlántida sea cosa cierta como el Canigó.



CAPÍTULO 8

Después de unos capítulos en que doy un repaso a unos episodios biográficos a los que siempre vuelvo. Pues son como la sal y la pimienta de toda narración y en este ensayo serán como una tesis o reflexión sobre las mal llamadas casualidades, pues admitirlas es admitir que todo ocurre en vano y yo creo todo lo contrario: Que nada ocurre en vano.

Para muestra un botón: Lo he dicho muchas veces, cuando llegué a Santiago de Compostela era noche cerrada y me dirigí por la calle Mayor a cenar y, según la recorría, vi en muchos restaurantes cómo hacían las tradicionales queimadas y empanadas, pero yo buscaba el caldo gallego y su vino de Ribeiro, cuando encuentro un restaurante de dos plantas, una arriba y otra abajo, como si bajaras al sótano, bajo y me vengo a sentar en una mesa en la que justo en la de delante había cuatro chicos del pueblo, dos de ellos son compañeros de trabajo y con uno de ellos somos especialmente amigos. Mi reflexión es que esto no es una simple casualidad, no existen. Lo acaecido es algo que dejo a la reflexión del lector, a ver si le encuentra una explicación, si es que tiene alguna.

Yo voy a proseguir con mi ensayo y, como al principio, retomo mi pluma en una mesa de un bar mientras suena la música de un programa musical. Resulta inexplicable la dependencia que tiene la gente de la música. No sé si les llenará igual, pero desde luego el mundo de nuestros días está más identificado con la música que con un buen libro. Pero los que tenemos el don de la narración no nos desanimamos por ello. Tenemos que escribir, siempre escribir.

Y así, escribiendo, la vida nos dará argumentos para una continua redacción.

Ayer mismo fui al Registro Territorial de la Propiedad Intelectual a registrar un libro de sonetos inéditos; ya lo tenía previsto el bajar a Barcelona; ocurrió además que el día anterior tenía un mensaje de ellos, en el teléfono, era por una cosa sin importancia: En un cuento cuya portada era una fotografía, se había rellenado como obra literaria, faltaba añadir y fotográfica.

Después de hacer el registro, voy a una cafetería donde me espera una amiga abogada y, después, aunque pensaba irme por la tarde, comemos en un restaurante un menú económico, a lo que siguen las horas de reposo en que te quedas adormilado y como antes de esto mi amiga compra una pizza para cenar y dada la coyuntura no me atrevo a irme antes de cenar y como quiera que esta lleva tres semanas con un esguince de tobillo para lo cual le he traído una muleta que andaba por casa y he querido acompañarla más rato.

Rebobinando hacia atrás esas tres semanas, nos hallábamos mi amiga y yo en la Catedral de Solsona, creo que era Sábado Santo o Domingo de Resurrección, por la mañana temprano, porque pensábamos irnos todo seguido a Sant Llorenç de Morunys, cuando íbamos hacia la salida de la catedral observo arrinconada una imagen tallada de Santa Teresita del Niño Jesús a la que reconozco por la cantidad de rosas que se le desprenden de entre las manos. Subo un escalón y me pongo cerca de ella para hacerle unas fotografías, cosa que también hace mi amiga, sube el escalón y se me pone detrás y no se le ocurre otra cosa que bajarlo marcha atrás con la consecuencia de venir a dar con todo el peso de su cuerpo en el suelo de la catedral, sintiendo un intensísimo dolor en el tobillo; todos los que andábamos por allí acudimos pronto a socorrerla pero el dolor no le dejaba levantarse, hasta el obispo por allí acudió a auxiliarla, le puso la mano en el hombro y le dijo que afuera en la plaza había una enfermería, le podían atender si más no. Nosotros fuimos al Hospital de Solsona, pues el esguince era tremendo. Pero

era buena la intención de monseñor Xavier Novell, el obispo más joven de España.

Volviendo a acabada la cena y habiéndola acompañado más rato. Me vuelvo y, vuelto a casa, me acuesto de madrugada, a las 01:00 h, y me despierto a las 08:00 h y vuelvo a estar aquí ahora, en el bar, mientras suena la música, buscando me llegue el hilo conductor que me haga proseguir con la escritura.

Y escribo, acuerdo escribir, con algunas variantes, pues han pasado algunos años y ahora quiero terminar este ensayo a finales de este año, para entonces espero y confío haber cogido el ritmo del ritmo del inicio.

Empezaré por trazar, de manera somera, mi situación actual, en la que me invade la tristeza, pues va a hacer cuatro años que mi madre voló al cielo y me dejó en un estado de soledad que no supero. Pues en los últimos años estaba aquejada de alzhéimer y ello creó y permitió un estado de desidia que le sobrevino por una gripe de verano, tal vez no estaba vacunada como cada año, no lo puedo saber, pues yo en esa época, después de cuatro meses hospitalizado, estuve poco más de un mes convaleciente en casa de mi hermana en Manresa y mi madre estaba al cuidado de mi hermano menor; lo cierto es que cuando más le arreciaba la gripe y más tosía, yo tenía que ir a su médico a sacar una autorización y le pedí que se viniera conmigo al médico, pero ella testaruda, se negó; era el día que enterraban a su sobrino Pedro (muerto de leucemia) y vinieron sus hermanos de Almería, pude ver el sepelio al salir del médico. El médico me hizo un resumen de las enfermedades que padecía mi madre por las que no podía acompañarme a la Seguridad Social para sacar una copia de una prestación que compartíamos. Pasados unos meses, me encuentro que se llevan a mi madre a Manresa y me entero de que estaba hospitalizada por una neumonía. Del centro hospitalario la trasladan al Hospital de San Andrés para residentes pero donde no tiene la misma constante atención; el día en que murió, se levantó sin abrir los ojos en ningún momento, me confundió diciéndome que sentía el pecho infectado, yo lo atribuía

a la neumonía de la que la estaban tratando y recuperando, no podía imaginar que estaba cursando una arritmia, estuve con ella hasta la hora de comer, la enfermera y yo tratamos de acercarla a la mesa, fue imposible moverla y la enfermera, viendo que ni abría los ojos ni andaba un paso, optó por dejarle la bandeja de la comida en la butaca de al lado, una rareza, en lugar de avisar al médico que hubiera sido más lógico, pues no estaba normal; recuerdo que no comió nada y hasta los dados de sandía que le dije que se los comiera se los sacaba de la boca. Por la mañana me había pedido que le diera masajes en las manos con el agua que yo tenía, lo había imaginado, y nunca sabré a qué agua se refería o tal vez sí, pareciera que estos enfermos en esos momentos adquirieran ciencia infusa, pero ya era tarde, tuve que ir a sacar una botella de agua de la máquina dispensadora y darle las friegas con esta agua pero mi madre tenía su esperanza en otra agua. En fin, creyendo que todo era causa de la neumonía, sobre las 14:00 h me fui a comer a casa de mi hermana y volví pasadas las 16:00 h, acababa de morir mi madre de una arritmia.

Estuvo aguantando sin que nadie le mirara y reparase en ella hasta que no pudo más. Hubo desidia por todos lados. Y ese es mi pesar y mi cruz.

Qué difícil es escribir desde este lado comparado cuando empecé la obra en 2002, tenía que haberla acabado entonces en que la inspiración filosófica era fluida, pero esta es una profesión en que caes en un desánimo constante y hoy, 11 años después, me doy cuenta de que no te está permitido ese desánimo, debes escribir y escribir y todo por tus lectores potenciales.